

Tres años en la Misión de Guadalupe

"Nada devora más que el horizonte"

(João Guimarães)

Estas líneas presentan dar a conocer a la Provincia algo de nuestra experiencia religiosa en Chiapas. Son el resultado de una evaluación que nos llevó dos mañanas y aspiran a ser la base del informe que presentaremos al Capítulo Provincial en el mes de mayo.

El informe se divide en dos partes: vida consagrada y trabajo apostólico, como dos tiempos de un mismo movimiento.

En el capítulo en que analizamos la vida consagrada nos hemos fijado más en lo estructural que en lo personal. Hemos escogido este camino porque creemos que es el que más le puede interesar a la Provincia. No creemos que su preocupación se centre tanto en torno a preguntas como ¿cuál es el esfuerzo personal realizado por el Hermano "X"? o ¿en qué falta ha incurrido el Hermano "Y"? En cambio pensamos que sí les interesa un análisis de las estructuras de vida religiosa de que nos hemos servido —algunas de ellas son producto de un esfuerzo de búsqueda e innovación —y un juicio sobre los resultados obtenidos.

A. VIDA CONSAGRADA

Alguien nos decía cuando en julio de 1972 fuimos destinados a Chiapas: "¡Cuidado con la generosidad! ¡Puede ser su peor enemigo!" Y con ello apuntaba al peligro de volcarse hacia afuera y vaciarse hacia adentro. Hemos constatado que la observación era pertinente. Estando en San Cristóbal las solicitudes que requieren de nuestros servicios tienen carácter de "asedio", en tanto que en las giras "el marcaje personal" —la compañía amable— es estrictísimo. Es difícil crear un clima de soledad. Hay que remar contracorriente si se quieren asegurar momentos de contemplación o celebraciones eucarísticas más íntimas; y es preciso también que inventemos paralelamente nuevas formas de oración. Pensamos que sí nos hemos preocupado por mantener un clima de oración.

La libertad de que gozamos para programar nuestro trabajo es inmensa. Tanto por parte del Obispo como por parte de la Provincia hemos disfrutado de una confianza muy grande. Lo mismo podríamos dedicar los próximos meses a giras, que al estudio de la lengua, que realizar un proyecto agrícola, que a organizar un curso, etc. Esta desestructuración, que nos ofrece la ventaja de poder adecuarnos a las necesidades cambiantes del momento, constituye también una grieta por donde pueden colarse la veleidad y el revisionismo que resten solidez al trabajo. Creemos que hemos podido salvar este escollo.



La Misión de Guadalupe no tiene puertas. Entra quien quiera y sabe que tiene un lugar en la posada y otro en la mesa. Nos visitan indígenas, campesinos, religiosas, antropólogos, hippies, turistas, ingenieros, misioneros... La población flotante obliga a Doña Piedad y a Doña Herminia —nuestras abnegadas cocineras— a recurrir a la magia para multiplicar los alimentos. Creemos que la hospitalidad nos ha sido muy enriquecedora, aunque a veces también un poco cansada. Cada visitante es un espejo que nos permite conocernos mejor y un puente que nos ayuda a sintonizar más con el mundo contemporáneo. "Lo obligan a uno a abrirse", comentábamos recientemente. Pensamos que nuestros huéspedes nos han enriquecido y que también nuestro espíritu marista ha enriquecido a otros. Nos mantenemos vigilantes para no convertirnos en oasis de vagabundos o nido de aventureros.

Somos conscientes de que los mil kilómetros que nos separan de la Capital pueden distanciarnos sentimentalmente de la Provincia. Afortunadamente recibimos numerosas visitas de formandos y hermanos que nos mantienen comunicados. Sin embargo, el mayor peligro de distanciamiento no lo fincamos tanto en la lejanía cuanto en la vanidad y en la autosugestión de que nuestra experiencia religiosa en Chiapas vale más y es más comprometida que la que se tiene en otras comunidades de la Provincia. Por otro lado, no concebimos nuestro compromiso con la Misión como vitalicio, pero tampoco nos gustaría que fuera efímero. Nos inclinábamos por una fórmula que combinara la rotación de personal con el regreso de veteranos. Esto aseguraría la oxigenación por la llegada de sangre nueva y la continuidad por el aprovechamiento de la experiencia adquirida.

El ser una comunidad pequeña con una intensísima convivencia es altamente positivo, aunque no deja de tener ratos de fatiga. Dormir en el mismo petate, alimentar a las mismas pulgas, caminar y perder-



se juntos, participar de las sorpresas que cada gira nos reserva, ayudarnos cuando el trabajo se recarga, proyectar comunitariamente los cursos, compartir desilusiones, emociones y criterios de acción, constituye una riqueza humana y espiritual inapreciable. Siendo tan pocos es difícil sincronizar egoísmos o disimular conflictos. Tenemos que resolverlos personalmente o ventilarlos grupalmente.

Nos es muy estimulante tener campo abierto para la planeación y la acción en favor de un compromiso mayor con el pobre. Lo que en otros lugares puede ser el hobby de los sábados o de unas vacaciones, aquí es tarea fundamental y todo empuja a entregarse a ello de tiempo completo. La satisfacción de sentir que se cuenta con todas las facilidades para responder a uno de los polos de urgencia pastoral señalados por la Iglesia y por las necesidades de México es muy grande. Tratamos de solidarizarnos con los campesinos e indígenas, no sólo en el trabajo común sino en la carencia de algunos bienes.

Por lo que toca a las relaciones femeninas somos conscientes de la posibilidad del "flechazo" y de sus dinamismos posteriores; hemos optado por no salir en parejas a misionar.

Sintetizando podemos afirmar que estamos contentos con las estructuras de vida consagrada en las que hemos vivido y anotamos la necesidad de prevenirnos contra la volatilización de la oración, el desenfreno en la acción, la veleidad y la vanidad.

B. VIDA APOSTOLICA

Para el análisis del trabajo comenzaremos haciendo un poco de historia. Esto ayudará a ubicar nuestra situación actual.

La Misión se fundó el año de 1962 y funcionó ininterrumpidamente hasta 1970. Fue la primera escuela de catequistas de la diócesis. En este período formó a más de 500 catequistas tzeltales, tzotziles, choles y excepcionalmente tojolabales que se entregaron con admirable generosidad a llevar y vivir la Palabra de Dios en sus comunidades. La salida del equipo marista en 1971 obligó a suspender nuestra presencia en Chiapas durante un año.

1. EL AREA QUE TRABAJAMOS

Al regresar nos encontramos con la consolidación de los gru-

pos misioneros tzeltal, tzotzil, y chol que habían recibido un refuerzo en personal y que contaban con sus respectivas escuelas catequísticas. Esto originó que el señor Obispo, en carta dirigida al H. Arturo Chávez el 12 de noviembre de 1971, solicitara la colaboración de los Hermanos para un área nueva de población indígena y mestiza. Se nos invitó a unirnos al equipo sureste de la diócesis que presta sus servicios en siete municipios de la faja fronteriza con Guatemala, con una extensión equivalente a la superficie del Estado de Querétaro (10,000 km²) y con una población igual al Estado de Baja California Sur (130 000 habitantes). Las perspectivas que se nos abrieron fueron muy amplias. Se nos encomendó la formación y animación del trabajo catequístico de más

220 comunidades, situadas en paisajes envidiables. Allí está la zona selvática del Río Euseba, el Parque Nacional de los Lagos de Montebello, el área tojolabal con sus grandes superficies arboladas de pinos, y la cuenca del Grijalva con sus numerosos y caudalosos afluentes. Las colonias maízeras y cafetaleras en su mayoría son economías de auto-consumo e infra-subsistencia. El promedio de habitantes por colonia es de 300. Si bien la geografía es extraordinaria, las condiciones de vida humana son raquíticas. Prácticamente no existe infraestructura: la electrificación es mínima, no hay obras de riego, las vías de comunicación son veredas, la tecnología agrícola desconoce el tractor, casi no hay escuelas primarias. Los índices de escolaridad son muy bajos. Dado el escaso rendimiento de la tierra los fenómenos migratorios son habituales: migración estacional que baja a las fincas a prestar su fuerza de trabajo por temporadas y migración definitiva que escribe historias de heroísmo al ir a poblar la selva. Basten estas líneas para pintar los grandes rasgos del área donde trabajamos.

Nuestro trabajo misionero contempla dos grandes zonas: el área tojolabal y el área de los campesinos mestizos.

2. EL AREA TOJOLABAL

Nuestra misión evangelizadora en el área tojolabal (son 20,000 los tojolabales repartidos en 117

comunidades) la hacemos en coordinación con la escuela de la Castalia donde trabajan un sacerdote, un matrimonio y una comunidad de religiosas Dominicanas de María.

Nos hemos enfrentado a la dificultad de la lengua. Es más difícil aprender tojolabal que inglés; a esto se suma el que no tenemos maestros que nos enseñen; en equipo, trepando unos sobre los hombros de los otros, vamos descubriendo la gramática, componiendo el vocabulario y estudiando la fonética. Poco a poco estamos logrando darnos a entender. En el último curso utilizamos ya la Biblia tojolabal y los apuntes y explicaciones los hicimos parcialmente en tojolabal. El trecho que nos falta para dominar la lengua es todavía largo y en ello estamos empeñados. A la barrera lingüística se suma la barrera cultural. Hemos tratado de ser cuidadosos para no occidentalizar so pretexto de evangelizar. Tratamos de comprender la cultura y colaborar en el nacimiento de una Iglesia autóctona. Creemos que la pluralidad cultural enriquece a México y enriquece a la Iglesia. Muchas horas nos han llevado los diálogos que han desembocado en estos planteamientos, y cada vez que tratamos de aplicarlos a una situación concreta pasamos por momentos incómodos. No es fácil distinguir lo que es fe de lo que es cultura, y no siempre tenemos la seguridad de haber remontado la posibilidad de una manipulación más sutil. Otro criterio más que

inspira nuestro trabajo misionero es el relativo a la Revelación. Pensamos que la Revelación se ha dado en plenitud a Israel, el pueblo privilegiado, pero que también se ha entregado parcialmente al interior de los otros pueblos de la humanidad, y el tojolabal no es excepción; por tanto propiciamos el descubrimiento de la revelación al interior de su cultura. Finalmente, visualizamos la evangelización como un proceso de liberación que toma a todo el hombre y se inicia en nuestra historia; en consecuencia luchamos con ellos contra toda forma de esclavitud.¹

Los tojolabales, a diferencia de los tzeltales, se muestran desconfiados de la labor de los catequistas, a quienes en ocasiones conceptúan como "sepultureros de su costumbre". Es un grupo con una fuerte resistencia cultural. Nuestra presencia en algunas comunidades ha sido considerada como agresión y nos hemos cuidado de no repetir la ofensa. El avance cuantitativo ha sido lento. Al llegar teníamos catequistas en 11 comunidades, ahora hemos alcanzado a 30 más. Tres de los cursos que hemos ofrecido estuvieron dirigidos a ellos.

En la formación de los catequistas tratamos de acentuar una espiritualidad de servicio y una espiritualidad comunitaria. Nos pro-

¹ El Congreso indígena que concebimos como un proceso, y no como un evento, cristaliza este criterio.

ponemos superar ciertos esquemas ritualistas, moralistas y sobrenaturalistas a que están inclinados. De-seamos cada día trabajar menos "para" ellos y más "con" ellos. A esto nos ayudan las giras y las juntas que periódicamente realizamos. La orientación educativa se inscribe más en la dimensión conscientizadora que en la asistencial. Hemos apoyado algunos proyectos agrícolas de fertilización y horticultura. Buscamos superar el desarrollismo que confunde liberación con modernización; y pugnamos por el nacimiento de una Iglesia tojolabal autóctona y de un grupo indígena que se aleje de su condición de vencido y haga realidad sus anhelos de humanización. Ambas metas están todavía remotas.

3. EL AREA DE LOS CAMPESINOS MESTIZOS

En el área castellana la situación es diversa. La comunicación es fácil. El carácter del campesino es abierto y alegre. Al llegar nos encontramos con un movimiento que conjugaba una gran pasión por la Biblia con un encendido espíritu misionero. Dos características nos llamaron la atención desde el inicio. Su sello laical: el movimiento nació al margen del patrocinio clerical, y su espíritu juvenil: son muchachos de 20 a 30 años en su mayoría, que se reúnen semanalmente para sus cultos, y que se lanzan en ca-

minatas interminables acompañados de su Biblia y de su guitarra a llevar la palabra de Dios a sus hermanos. Han logrado un conocimiento bastante amplio de la Biblia y además de las predicaciones dominicales están prestando servicios útiles como enfermeros, maestros, vacunadores, gestores ante la Secretaría de Reforma Agraria, promotores de nuevas técnicas de desarrollo agropecuario y propulsores de una mayor unificación comunitaria...

Nuestro trabajo se ha concretado a acompañar este movimiento y prevenirlo contra algunas limitaciones que amenazaban inhibirlo, como un uso de la Biblia un tanto apologético, enciclopédico y fragmentado, una concepción del cristianismo poco ecuménica que respiraba moralismo, con énfasis excesivo en preceptos sobre aguardiente, bailes, imágenes o guarda del domingo, y una posición frente a la vida un tanto dualista que separaba lo material de lo espiritual y despreciaba lo primero.

Actualmente los catequistas bíblicos que han hecho curso con nosotros en tres períodos diferentes son 150 y trabajan en más de 70 ejidos. También aquí nos hemos preocupado de acercarnos a la religiosidad popular y descubrir el núcleo de fe profunda que no resulta fácilmente comprensible y simpático al cristianismo de clase media en el que hemos sido formados. La respuesta de los catequistas ha sido generosa, su disponibilidad para poner en práctica

la palabra de Dios estimula, su entrega en los cursos es elevada. Es en esta área —la de los catequistas mestizos— en donde funciona el proyecto de educación rural que hemos bautizado como “Marcelino Champagnat” y que abarca actualmente 12 comunidades. Son una especie de “Escuelas de Extensión” para el campo en donde el compromiso es tripartita. Un donante aporta mil pesos para pagar a un maestro durante un año, la comunidad levanta la escuela y ofrece voluntarios adultos que sin dejar su trabajo de agricultores quieren dar dos o tres horas diarias de su día —generalmente al atardecer— como alfabetizadores, y nosotros capacitamos a los maestros con un breve curso, les ofrecemos libros y los visitamos cada seis meses para ver la evolución de los alumnos. Así sin grandes sumas de dinero están aprendiendo a leer y escribir cerca de 500 chiapanecos.

4. COMENTARIO FINAL

Este ha sido a grandes líneas el trabajo realizado en los tres años pasados. Todos los Hermanos que hemos pasado por aquí —incluso los que no han seguido— nos hemos sentido muy identificados con él. Reconocemos deficiencias: nos ha faltado una decisión más comprometida de encarnación, la atención a indígenas y campesinos nos dispersa, podemos ganar en coordinación y espíritu eclesial, a veces hemos sucumbido al activismo y

hemos sido atropellantes en nuestro afán de servicio. Sin embargo, al concluir nuestros primeros tres años de trabajo queremos decirle a la Provincia que creemos que esta fórmula de evangelización y educación es válida y puede hacerse extensiva con las necesarias adaptaciones a otros lugares de México y que cabe perfectamente dentro de nuestro carisma marista. Muy sintetizados estos son los cuatro elementos-pivote de la fórmula: 1) *Cursos* que duran de dos a tres meses cada uno, para preparar catequistas. 2) *Giras* a las comunidades que en un año suman alrededor de cinco meses, con descansos intermitentes. 3) *Juntas regionales* para la animación y coordinación del trabajo, tres o cuatro al año. 4) *Proyectos* agrícolas, educativos, de salud o políticos que aterrizan y encarnan el amor cristiano.

Nótese además que el financiamiento resulta relativamente económico: son 160,000 pesos anuales, lo equivalente a lo que a veces se invierte en un equipo de laboratorio, o en el club deportivo, o en la compra de un aparato de cine.

A la Provincia le agradecemos que nos haya destinado a venir por acá y que nos favorezca con su comprensión y con su ayuda económica y al Señor que nos haya dado la oportunidad de palpar la acción de su Espíritu.

No pensamos que las misiones sean tumbas vocacionales, sino plataformas de planificación marista en el compromiso con la justicia social y con una Iglesia que busca caminos de renovación en el anuncio del Evangelio. Si la experiencia ha fructificado, ¿por qué no pensar en multiplicarla?

Carlos Martínez Lavín, fms.